

ENTRE LA CIENCIA Y LA LOCURA. LOS NEUROPSIQUIATRAS DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL

Javier Dosil Mancilla*

Resumen

Los neuropsiquiatras del exilio español dejaron una huella profunda en sus diversos países de acogida. Siguieron la estela de Cajal pero de formas muy diversas. El texto abordará la dinámica de esta comunidad científica. Se hará hincapié en tres aspectos: en la función simbólica que desempeñó el Nobel español en la red del exilio; en la diversificación de las investigaciones de sus discípulos para adaptarlas a sus nuevos países, y en el papel que éstos tuvieron en la institucionalización de la neuropsiquiatría en América Latina.

Palabras clave

Exilio Español, Neuropsiquiatría, Santiago Ramón y Cajal, Institucionalización, México.

INTRODUCCIÓN

La neuropsiquiatría española gozaba de notable prestigio antes de la Guerra Civil. La concesión del premio Nobel de Medicina, en 1906, a Santiago Ramón y Cajal, por el descubrimiento de la teoría neuronal, catapultó al médico navarro a las cimas de la ciencia y cambió la idea que se tenía de España en el extranjero. La noticia no sorprendió menos a los españoles (el propio galardonado tardó en asumirlo, creyendo que se trataba de una mala broma de sus discípulos) e insufló cierto optimismo en los espacios políticos y académicos que favoreció el establecimiento de nuevos laboratorios (como los de la Residencia de Estudiantes) y de instituciones como la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE) —fundada en 1907 y presidida por Cajal—, entre cuyos cometidos figuraba apoyar a estudiantes y profesores para que completaran su formación en el extranjero. La espesa neblina del pasado

* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

poco a poco se fue desvaneciendo y se pasó página a ciertos episodios “deshonrosos”, como la pérdida de las últimas colonias, que Cajal achacaba precisamente a la falta de inversión en ciencia. Los españoles *ya* no sólo contaban con un vistoso folclore, una decente gastronomía y alguno que otro escritor y poeta: poseían también cierto potencial para la investigación científica, no tanto por la herencia cultural o genética (el propio Cajal consideraba que la raza hispana era poco propicia para la ciencia) como por su natural creatividad y, sobre todo, por su denodada entrega al trabajo (un “obrero infatigable del microscopio”, así era percibido nuestro Nobel).

Por otra parte, Cajal dio nombre a una escuela histológica formada por discípulos y colaboradores, de formación e intereses científicos muy diversos pero que compartían el empleo de las tinciones microscópicas como procedimiento de investigación. Ciertamente los miembros de la escuela cajaliana dominaban estas técnicas que habían hecho famoso a su maestro (en especial la doble impregnación argéntica) y que requerían de una destreza que no podía adquirirse con la mera lectura, por muy cuidadosa que fuera, de un manual especializado.

Insistimos en la figura de Cajal porque la neuropsiquiatría española anterior a la guerra estuvo marcada por su huella. La mayor parte de los neuropsiquiatras se formaron con el Nobel o con algún discípulo suyo aventajado. Pero también habrá que observar que el formar parte de la escuela cajaliana otorgaba al científico cierta aureola de prestigio, de tal modo que no es extraño que los investigadores recalcaran su relación con el Nobel aun cuando recibieran influencias más significativas de otros profesionales. Para la parte clínica, por ejemplo, las aportaciones de Cajal resultaban de limitado valor, más allá de favorecer una interpretación “somaticista” de la profesión, que empataba bien con las aportaciones de Kraepelin y de otros neuropsiquiatras con mucho peso en esos momentos. No es de extrañar, en consecuencia, que las principales figuras de la neuropsiquiatría española anterior al exilio, como Miguel Sacristán, Gonzalo R. Lafora, Wenceslao López Albo o Antonio Vallejo-Nájera se formaran en los círculos académicos germánicos y con este enfoque “biologicista”; como alemán fue también el modelo adoptado en España, que mantenía unida la neurología y la psiquiatría.¹ Otras perspectivas, como la psicoanalítica, quedaban en franca desventaja.²

¹ Carlos Castilla del Pino: “Historia crítica de la psiquiatría en el siglo XX. Una mirada biográfica”, en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, núm. 99, 2007, pp. 105-118.

² Cfr. Francisco Carles, Isabel Muñoz, Carmen Llor y Pedro Marsset, *Psicoanálisis en España (1893-1968)*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2000.

LA FORMACIÓN DE LOS NEUROPSIQUIATRAS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO

Superados los recelos carpetovetónicos de antaño, los científicos españoles se lanzaron a otros países para ampliar sus estudios. Puede decirse sin exagerar que los neuropsiquiatras españoles, más tarde exiliados, se formaron con los más destacados neuropsiquiatras del momento. El psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora, quien se había formado con Cajal, por ejemplo, trabajó en Berlín con Theodor Ziehen, Hermann Oppenheim y O. Minkowski; en Munich con Emil Kraepelin y Alois Alzheimer, y en París con Pierre Marie y Joseph Dejerine.³ Por su parte Dionisio Nieto, discípulo de Pío del Río Hortega, amplió estudios en el Instituto Max Planck de Munich, con Walter Spielmeier y Osw Bumke, y ejerció la clínica psiquiátrica en Berlín, Hamburgo y París.⁴ También con Kraepelin y Spielmeier se formó Miguel Prados Such, quien además trabajó en el Maudsley Hospital de Londres.⁵ El neurocirujano Wenceslao López Albo tuvo como maestros a Fedor Krause y Otfried Föester, fundadores de los primeros servicios de neurocirugía germánicos.⁶ Otro neurocirujano, Sixto Obrador, optó por continuar sus estudios en Oxford de la mano de Charles Sherrington, poco después de que éste obtuviera el Nobel, y H. Cairns.⁷

Estas muestras bastan para poner de manifiesto, una vez más, que los neuropsiquiatras españoles, para su formación clínica, por lo general recurrieron a prestigiosos científicos que abordaban su especialidad desde una perspectiva “biologicista”, otorgando notable peso a la anatomía patológica, lo cual les permitió encauzar sin fracturas su formación inicial histológica (propia de la escuela cajaliana) hacia el pujante campo de la clínica neuropsiquiátrica. Son pocas las excepciones, pero entre ellas cabe mencionar a Ángel Garma, quien en un viaje que realizó a Alemania para formarse como neuropsiquiatra, entró en contacto con médicos del círculo freudiano que reorientaron su trayectoria profesional hacia el campo del psicoanálisis.⁸

³ Luis Valenciano Gaya, *El Dr. Lafora y su época*, Madrid, Morata, 1977.

⁴ Adela Nieto, *La obra científica de Dionisio Nieto*, México, UNAM, 1990.

⁵ Francisco Guerra, *La medicina en el exilio republicano*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, p. 509.

⁶ Óscar Martínez Azumendi, “Wenceslao López Albo (1889-1944)”, en *Norte de Salud Mental*, núm. 16, 2003, pp. 67-71.

⁷ Diego Gutiérrez Gómez, Jose María Izquierdo Rojo, *El doctor Obrador en la Medicina de su tiempo*, Oviedo, Bear, 1999.

⁸ Cfr. Iñaki Márquez, *El bilbaíno Ángel Garma (1904-1993), fundador del psicoanálisis argentino*, Bilbao, Temas Vizcainos, 2005, pp. 31-44.

LOS NEUROPSIQUIATRAS DEL EXILIO REPUBLICANO

Los neuropsiquiatras españoles encontraron refugio en varios países, pero sólo en México se juntó un grupo, lo cual permitió que la escuela cajaliana echara raíces en este país.⁹ El primero en llegar, por invitación de La Casa de España, fue Gonzalo Rodríguez Lafora (1886-1971), discípulo aventajado de Cajal y más tarde su colaborador. En España dirigió el Laboratorio de Fisiología Experimental del Sistema Nervioso, fue profesor en el Instituto Cajal y llevó las riendas del prestigioso Departamento de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid. Con una exquisita formación, era probablemente el representante más destacado de la neuropsiquiatría española. En México fue recibido con honores, si bien algunos de sus diagnósticos y planteamientos resultaron muy polémicos.¹⁰ Fundó un Instituto de Neuropsiquiatría, del que luego hablaremos, ejerció la práctica privada y publicó diversos artículos sobre anorexia, encefalomielitis y homosexualidad. En 1947, antes de regresar a España, fue nombrado honorario de la Academia Nacional de Medicina de México.¹¹

Mayor importancia tuvo para la neuropsiquiatría mexicana Dionisio Nieto Gómez (1908-1985), quien se había formado con Pío del Río Hortega. Llegó a México con 32 años y fue en este país donde desplegó su principal trayectoria profesional. Estuvo vinculado como investigador al Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, como clínico al Manicomio General y como docente a la Facultad de Medicina de la UNAM. Estudió los fundamentos fisiológicos de las enfermedades mentales, exploró la anatomía patológica de la esquizofrenia y realizó hallazgos decisivos en el diagnóstico de la cisticercosis cerebral.¹² Como puede apreciarse, se ciñó a la perspectiva “biologicista” propia de la escuela cajaliana –fue muy crítico con el psicoanálisis y la antipsiquiatría–,¹³ que influyó en sus discípulos y que en buena medida

⁹ Francisco Javier Dosal Mancilla, “La estela de Cajal en México”, en *Arbor*, vol 185, núm. 735, 2009, pp. 29-40.

¹⁰ Cfr. Raquel Álvarez Peláez, Rafael Huertas García-Alejo, *¿Criminales o locos? Dos peritajes psiquiátricos del Dr. Gonzalo R. Lafora*, Madrid, CSIC, 1987.

¹¹ Aunque existen muchos trabajos sobre Gonzalo R. Lafora, el más completo sigue siendo Gaya, *op. cit.*

¹² Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos, 1994, pp. 249-255.

¹³ Cristina Sacristán, “En defensa de un paradigma científico. El doble exilio de Dionisio Nieto en México, 1940-1985”, en Rafael Huertas y Ricardo Campos [coords.], *De la “Edad de Plata” al exilio: construcción y “reconstrucción” de la psiquiatría española*, Madrid, CSIC/Frenia, 2007, pp. 97-116.

marcó el rumbo de la neuropsiquiatría académica mexicana hasta nuestros días.

A México llegaron también dos neurocirujanos, Wenceslao López Albo (1889-1944) y Sixto Obrador Alcalde (1910-1979). Ambos eran naturales de Santander y trabajaron en los laboratorios madrileños de Cajal, el primero con Nicolás Achúcarro y Luis Simarro, el segundo con el mismo Cajal y con Pío del Río Hortega. En España, López Albo ejerció en diversos hospitales psiquiátricos y fue director de la Casa de Salud de Valdecilla (Santander), donde también trabajó por un tiempo Sixto Obrador.¹⁴ En el exilio, ambos neurocirujanos se mantuvieron muy cercanos. Primero ejercieron la neurocirugía en Monterrey y más tarde en la capital, en el Instituto de Neuropsiquiatría y en el servicio de Neuropsiquiatría y Neurocirugía del Hospital Español. Obrador se incorporó además al Instituto de Investigaciones Biomédicas y a finales de los cuarenta regresó a España.

Asimismo habrá que mencionar al psiquiatra infantil Federico Pascual del Roncal (1902-1958), quien antes de la guerra había sido jefe del Departamento de Psiquiatría e Higiene Mental del Ministerio de Sanidad.¹⁵ En México fue profesor de Psicoterapia en la UNAM y jefe del Servicio Psiquiátrico del Instituto Médico Pedagógico de México. Escribió un *Manual de Neuro-psiquiatría infantil* (1940) y otros textos de su especialidad. Entre los más jóvenes figura Jesús María Sánchez-Pérez Sánchez (1908-), quien había trabajado con Cajal y completado su formación en Estados Unidos. En México trabajó en el Departamento de Radiología Neurológica del Instituto de Neuropsiquiatría, hasta que en 1944 se trasladó a Estados Unidos.¹⁶ En esta apretada relación de neuropsiquiatras no debe faltar Augusto Fernández Guardiola (1921-2004), que se formó como psiquiatra en la UNAM, de la mano de los maestros del exilio (en especial de Nieto).¹⁷ Finalmente debemos considerar a Isaac Costero Tudanca (1903-1979), discípulo de Pío del Río Hortega, que si bien fue histopatólogo, puso su atención en el tejido nervioso y en los tumores cerebrales, y ya en México en el aparato cardiovascular.¹⁸

En Argentina, son dos los nombres que merecen señalarse. En primer lugar, Pío del Río Hortega (1882-1945), el discípulo más destaca-

¹⁴ Martínez Azumendi, *op. cit.*

¹⁵ Guerra, *op. cit.*, p. 580.

¹⁶ *Ibid.*, p. 531 y 581.

¹⁷ Augusto Fernández Guardiola, *Las neurociencias en el exilio español en México*, México, FCE, 1997.

¹⁸ *Cfr.* Isaac Costero, *Crónica de una vocación científica*, México, Editores Asociados, 1977.

do de Cajal, que si bien no era neuropsiquiatra, sino histólogo, hizo estudios notables sobre la composición citológica del tejido nervioso y describió dos tipos celulares nuevos: la oligodendroglía y la microglía. Después de un primer exilio en la Universidad de Oxford, pasó a Buenos Aires (en 1941) para asumir la dirección de un laboratorio de investigaciones histológicas, pero falleció poco después.¹⁹ En Argentina encontró también exilio el neuropsiquiatra Ángel Garma (1904-1993), considerado como el padre del psicoanálisis en Argentina.²⁰ Si bien Juan Cuatrecasas Arumí (1899-1990) fue patólogo, en su exilio argentino hizo algunas aportaciones a la neuropsiquiatría y fue autor del libro *Psicobiología del lenguaje* (1940). El jurista Luis Jiménez de Asúa también irrumpió en este campo con un curioso libro, *Psicoanálisis criminal* (1940), que fue varias veces ampliado y reeditado.

En este breve repaso de los neuropsiquiatras del exilio no puede faltar Miguel Prados Such (1894-1969). Inició su andadura científica como un cajaliano más, de la mano de Gonzalo Rodríguez Lafora, interesado por la histología del sistema nervioso. Más tarde se volcó hacia la neurología y la psiquiatría. Al terminar la guerra se exilió en Canadá. Fue profesor de Psiquiatría en la McGill University de Montreal.²¹

LA FIGURA DE CAJAL Y LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS INVESTIGACIONES EN EL EXILIO

Aunque Cajal falleció en 1934, de manera simbólica desempeñó un papel muy importante en el exilio. Constituía la figura más sobresaliente de la ciencia española y representaba los valores culturales que habían llevado a tantos españoles al destierro. Además se había convertido en un ejemplo a seguir, sobre todo en los países de habla hispana, pues demostraba que con tesón y entrega hasta en los países con escasos recursos era posible ganarse un lugar en la historia de la ciencia. El médico mexicano Manuel Martínez Báez lo expresaba del siguiente modo:

[...] sentimos que Cajal es también nuestro, y no solamente como son nuestros y vuestros los grandes hombres, sino, en este caso, de un modo

¹⁹ Juan Riera Palmero, "Dos biólogos republicanos en el exilio: Pío del Río-Hortega y Augusto Pi y Suñer", en Julián Chávez Palacios [coord.], *Política científica y exilio en la España de Franco*, Badajoz, Universidad de Extremadura y Diputación de Badajoz, 2002, pp. 126-146

²⁰ Márquez, *op. cit.*

²¹ Guerra, *op. cit.*, p. 509.

especial, más concreto y más profundo. Cajal es también nuestro, es decir, de nosotros los hispanoamericanos, sencillamente porque Cajal es español.²²

Por tales razones, Cajal actuó como un elemento aglutinador de los médicos exiliados y de la mayor parte de los científicos del desierto, y favoreció las alianzas entre los profesionales españoles y los mexicanos españoles. Puede decirse que Cajal era valorado como un pariente común, de tal modo que discípulos y admiradores sentían que formaban parte de una misma familia. Dicho de otro modo, la admiración que despertaba el Nobel español en América Latina catalizó la integración de los médicos españoles en las comunidades científicas mexicanas.²³

Las muestras de este acercamiento simbólico favorecido por la figura de Cajal son múltiples. La primera organización de médicos exiliados que se creó en México, que contó además con una participación activa de profesionales mexicanos, recibió el nombre de Ateneo Ramón y Cajal. En su órgano de difusión, los *Anales de Medicina del Ateneo Ramón y Cajal*, aparecieron artículos dedicados al maestro, de la pluma de Julio Bejarano, Blas Cabrera, Isaac Costero, Tomás Gutiérrez Perrín, Manuel Márquez, Manuel Martínez Báez, José Puche Álvarez y Antonio Zozaya. Como se señala en la nota de presentación de los *Anales* del Ateneo, esta revista surgió como:

[...] órgano de relación de los médicos españoles exiliados, entre sí y con los de México, a la vez que con los restantes de América y a ser posible con los que todavía quedan en Francia y en el Norte de África y aun con los mismos médicos de nuestra España adonde esperamos que –con permiso de la censura– pueda llegar nuestra publicación.²⁴

Españoles y mexicanos se reunieron año tras año para homenajear la figura de su maestro común, y las comunicaciones presentadas en su honor salieron a la luz en libros que son expresión de un matrimonio simbólico entre los científicos de ambas orillas.²⁵ En 1952, el

²² Manuel Martínez Báez, “Cajal y la ciencia en España y en Hispanoamérica”, en Joaquín D’Harcourt *et al.*, *Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento*, México, Cultura, 1952, p. 29 (sobretiro de *Cuadernos Americanos*).

²³ Dosil Mancilla, *op. cit.*

²⁴ Anónimo, “Editorial. Nuestros propósitos”, en *Anales de Medicina del Ateneo Ramón y Cajal*, núm. 2, 1944, p. 4.

²⁵ *Cfr.*, por ejemplo, Manuel Peláez Cebrián [comp.], *Vivencias de Don Santiago Ramón y Cajal*, México, Sociedad Médica Hispano Mexicana/UNAM/IPN/FCE, 1999.

Ateneo Español de México organizó un solemne homenaje a Cajal con motivo del centenario de su nacimiento; los diversos textos aparecieron en un monográfico de *Cuadernos americanos*.²⁶

Por otra parte, el exilio determinó un cambio en la trayectoria de la mayoría de los científicos exiliados, sobre todo de los más jóvenes, que para poder reanudar sus investigaciones debieron adaptarlas a las necesidades y posibilidades de sus países de acogida. Tal sucedió también con los discípulos de Cajal. El histopatólogo Isaac Costero, por ejemplo, había destacado en España por sus investigaciones neuropatológicas. En México se incorporó en 1945, por invitación de su fundador Ignacio Chávez, al Instituto Nacional de Cardiología, lo cual hizo que aplicara los procedimientos de la escuela cajaliana al estudio del aparato cardiovascular.

El neuropsiquiatra Dionisio Nieto siguió aplicando las clásicas tinciones del tejido nervioso y enseñando los métodos de Cajal a jóvenes investigadores mexicanos del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos; pero en su trabajo clínico, como director del Pabellón Piloto del Manicomio la Castañeda impulsó el tratamiento con psicofármacos e investigó los efectos psicotrópicos de ciertas plantas.

LOS EXILIADOS Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA NEUROPSIQUIATRÍA EN AMÉRICA

Los neuropsiquiatras españoles tuvieron una actuación decisiva en la institucionalización de la neuropsiquiatría en América Latina, que a su llegada estaba en ciernes. El país que salió más beneficiado con esta labor institucional de los refugiados fue México. En 1940 se estableció en este país el Laboratorio de Estudios Médicos Biológicos, por iniciativa de La Casa de España, en colaboración con la UNAM y con apoyo económico de la Fundación Rockefeller. Tuvo como objetivo ofrecer un lugar de trabajo a los discípulos de Cajal y a otros exiliados, si bien desde el primer momento se incorporaron también científicos y estudiantes mexicanos. Constó de cuatro secciones; salvo una (la de Citología), estuvieron dirigidas por médicos españoles: Neuronatología y Neuropatología (por Nieto y Lafora), Anatomía Patológica (por Costero) y Neurofisiología (por Jaime Pi Suñer y Ro-

²⁶ *Cuadernos Americanos*, vol. 64, núm. 4, 1952, pp. 77-145, editado también como Joaquín D'Harcourt et al., *Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento*, México, Cultura, 1952.

sendo Carrasco Formiguera). También trabajaron otros desterrados, como Obrador, el oftalmólogo Manuel Rivas Chérif y el farmacólogo Ramón Pérez Cirera. En 1943 pasó a depender exclusivamente de la UNAM, donde se mantiene en la actualidad con el nombre de Instituto de Investigaciones Biomédicas.²⁷ Con los años, la mayor parte de los científicos fundadores optaron por trasladarse a otras instituciones. Dionisio Nieto permaneció hasta el final de sus días y se convirtió en su principal figura, lo cual determinó que se consolidara en este centro una línea de investigación en neuropsiquiatría, que adoptó los procedimientos de Cajal y que realizó importantes contribuciones al estudio de las alteraciones histológicas de cerebros enfermos y al diagnóstico de la cisticercosis cerebral. El Laboratorio fue cuna de notables neurólogos mexicanos, como Alfonso Escobar, Antonio Villasana y Carlos Guzmán Flores, y de dos españoles, Augusto Fernández Guardiola y Emilio Muñoz Martínez, que como otros muchos jóvenes exiliados buscaron como maestros a las grandes figuras del destierro.

En 1942, Lafora creó con López Albo, en la Ciudad de México, el Instituto de Neuropsiquiatría, una clínica de enfermedades nerviosas y mentales en régimen de ambulatorio en la que trabajaron diversos médicos exiliados: Sixto Obrador (en neurocirugía), Federico Pascual del Roncal (en psiquiatría), Jesús María Sánchez-Pérez Sánchez (en neurorradiología), Santiago Villanueva Sánchez (en medicina interna), Jaime Valdés Estrada (en medicina general) y Germán Somolinos (en análisis clínicos). También colaboraron Fritz Frankel, neurólogo berlinés que había participado en las Brigadas Internacionales, y L. Deutsch.²⁸ Este privilegiado plantel de profesionales y la forma coordinada de abordar las investigaciones, con la colaboración directa de diversos especialistas (modelo que más tarde Obrador aplicaría en España) otorgaron al Instituto un notable prestigio.²⁹

En 1964 se creó el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, perteneciente a la Secretaría de Salud, que figura entre los principales centros médicos especializados del mundo. Su estructura clínica, científica y académica se vio fortalecida con la presencia de los médicos españoles y sus discípulos: Dionisio Nieto se hizo responsable del Servicio de Psiquiatría; Alfonso Escobar de Neuropatología y Augusto

²⁷ Francisco Javier Dosil Mancilla, "La JAE peregrina", en *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, enero-abril de 2007, pp. 307-332.

²⁸ *Archivo de Gonzalo Rodríguez Lafora*, CSIC, Madrid.

²⁹ Francisco Javier Dosil Mancilla, "La huella en la neurociencia mexicana del exilio español, un legado de Cajal en ultramar", en *Neurosciences and History*, vol. 1, núm. 4, 2013, pp. 154-161.

Fernández Guardiola de la Unidad de Investigaciones Cerebrales, donde también trabajaron Isaac Costero y su discípula Rosario Barroso.³⁰

La labor de los médicos exiliados fue también notable en el funcionamiento de diversas asociaciones, como la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría (que adquirió gran prestigio gracias a Nieto) y el Ateneo para el Estudio del Sistema Nervioso (fundado por Nieto, Costero y el neurólogo mexicano Manuel Velasco Suárez), y elevaron el crédito de revistas como *Boletín del Instituto de Estudios Médicos y Biológicos*, *Archivos de Neurología y Psiquiatría de México*, *Gaceta Médica de México*, *Revista Ciencia*, *Archivos del Instituto Nacional de Cardiología*, etc. Por otra parte, Ángel Garma fue fundador de la Asociación Psicoanalítica Argentina (la primera en América Latina) y Miguel Prados de la Asociación Psicoanalítica Canadiense.³¹

³⁰ Fernández Guardiola, *op. cit.*, p. 81.

³¹ Luis Valenciano Gayá, "Miguel Prados Such's works on psychiatry", en *Archivos de Neurobiología*, vol. 32, núm. 4, 1969, pp. 453-464.